



# DE LO QUE PASÓ CON UNOS TEJEDORES TRAMPOSOS QUE HICIERON UNA TELA

11

*Infante Don Juan Manuel*

**H**ablaba una vez el conde Lucanor con Petronio, y le dijo:

“Petronio, un hombre vino y me contó algo muy importante, pero me dijo que no lo dijera a nadie, pues si no guardo el secreto, mis riquezas y hasta mi vida corren peligro. ¿Cómo puedo saber si esto lo hizo por mi bien o me está engañando?”

Y Petronio le contestó:

“Para que pienses qué hacer, te contaré lo que le pasó a un rey con tres tramposos que vinieron donde él. Ellos le dijeron que eran muy hábiles para hacer paños, y que podían hacer una tela que no podrían ver los que no fueran de verdad hijos del padre que creían tener”.

Al Rey esto le gustó mucho, pues podría saber cuáles de sus súbditos eran hijos del padre que creían y cuáles no y pensó que podría quitarles a muchos sus herencias, por no ser legales. Y les entregó a los tejedores sedas, y mucho oro y plata para hacer los bordados, y les dio un palacio para que hicieran la tela, y no dejó que nadie entrara a ver el trabajo hasta que lo terminaran.



12

Y ellos armaron sus telares y comenzaron a hacerse los que trabajaban, y a los pocos días uno de ellos fue a decirle que era la tela más hermosa del mundo, y le contó los dibujos y bordados que tenía. Y el Rey, para ver si todo iba bien, mandó a su ministro a que lo viera. Y cuando éste vio a los tejedores y oyó lo que decían, no se atrevió a decir que no lo veía, y le dijo al Rey que había visto una tela muy hermosa. Y el Rey mandó otro, y después otro, y todos le decían al Rey que la habían visto.

Y el Rey fue a ver la tela, y los maestros se hacían los que estaban tejiendo y le decían: “La tela tiene aquí este color, y mire su majestad los dibujos que hay aquí, y cómo es de elegante el bordado”, y seguían como que tejían en el aire. Y el Rey, que no veía la tela, se preocupó mucho, pues si no era hijo del Rey anterior, como creía, perdería su reino. Y comenzó a alabarla y a recordar los detalles que le habían descrito los tejedores. Y en su casa habló muy bien de la tela, y de lo maravillosa que era, y de los dibujos y bordados que tenía. Pero no estaba tranquilo y mandó a su consejero a ver la tela, después de contarle lo hermosa que era y de explicarle que había gente que no podía verla. Y él fue a verla, y no veía nada, y pensó que era porque el padre que creía tener no era su verdadero padre, de modo que si esto se sabía quedaría sin honor. Y por eso comenzó a alabar la tela tanto como el Rey, o incluso más.

Y cuando le dijo al Rey que la tela era bellísima, el Rey se preocupó todavía más, pues si el consejero podía verla y él no, entonces era porque él no era hijo del Rey. Y para que nadie se diera cuenta, siguió alabando la tela y hablando bien del gran trabajo de los tejedores. Y mandó más personas a verlo, y todos volvían diciendo que era una obra maravillosa.

Y como el Rey tenía que dar una gran fiesta, se pusieron de acuerdo en que le harían un gran vestido con la tela, y la cortaron y cosieron. Y el Rey se puso el vestido, se montó a caballo, y salió por la ciudad con el vestido que no podía ver ni tocar. Por suerte, era verano y hacía calor.

Y las personas que lo veían, como sabían que el que no viera la tela era porque no era hijo del padre que creía, no decían nada para no quedar mal.

Y así quedó todo, hasta que un negro que cuidaba el caballo del Rey, y que no tenía nada que perder, fue a donde el Rey y le dijo:

— Señor: A mí no me importa que me crean que mi padre es el que yo pienso, o cualquier otro, y por eso digo que o yo estoy ciego, o usted está desnudo.

Y el Rey comenzó a insultarlo y a decirle que lo que pasaba era que no era hijo del padre que creía y por eso no veía el vestido.

Pero desde que el negro dijo eso, otros se atrevieron a decir lo mismo, y otros más, hasta que el Rey pensó que todo era un engaño de los tejedores. Y los mandó a buscar, pero no los encontraron, pues se habían ido a un país vecino con todo el oro y la plata y las sedas que el Rey les había dado.

Y por eso, Conde Lucanor, cuando alguien le cuente algo y le diga que nadie más puede saberlo y que tiene que ser un secreto, seguro que quiere engañarlo.

Y como le pareció un buen consejo, el Conde Lucanor hizo escribir esta historia en un libro, con un versito que decía:

*Quien te aconseje que ocultes algo a tus amigos,  
lo que quiere es dañarte, y que sea sin testigos.*

